

conocer la realidad de las cosas, quien en alguna ocasión se haya puesto a pensar, puede sentir que ha emprendido un camino apasionante, que no se conforma con cualquier cosa. El hombre necesita saber, ese es su antojo, si eso que se le muestra es lo que dice ser. Bien, ¿y cómo vería entonces la actual formación universitaria si observase lo que hoy en día ocurre en las aulas, salas de estudio, bibliotecas y cafeterías universitarias? Probablemente algo no muy halagüeño. Pero una formación universitaria erróneamente dispuesta puede marcar el destino de una comunidad. De ahí la necesidad de iniciar un diagnóstico prospectivo del actual sistema universitario, una tarea que el autor lleva a cabo en cinco pasos.

Para concluir, una reflexión crítica. Sin duda es de agradecer las grandes dosis de ironía y guasa con que Esteban Bara desarrolla los temas, sin que ello vaya en perjuicio de la profundidad filosófica, ya sea siguiendo a Ortega o a Nicol. En cualquier caso, no se pretende objetivar la excelencia de la vida universitaria en unos criterios meramente cuantitativos, como es tan frecuente en los actuales rankings de calidad de las diferentes universidades. De todos modos, cabría hacer notar el gran índice de factores que inciden en la calidad de la vida universitaria, que posteriormente retornan a su vez en la vida social, como recientemente ha hecho notar la profesora McArthur en *La evaluación: una cuestión de justicia social. Perspectiva crítica y prácticas adecuadas* (Narcea, Madrid, 2019). En cualquier caso, la vida universitaria es, como la vida misma, un tema en sí mismo inagotable.

Carlos Ortiz de Landázuri
Universidad de Navarra

Ortega Ruiz, P. y Romero Sánchez, E. (2019).

A la intemperie. Conversaciones de la pedagogía de la alteridad.

Barcelona: Octaedro, 239 pp.

Estamos ante un libro fuera de lo corriente en el que convergen dos elementos poco habituales. El primero es el objetivo y el contenido: desgranar el problema educativo, los diferentes temas pedagógicos que enmarcan el saber contextual, es decir, “(...) el saber sobre las distintas interpretaciones del contexto en el que se actúa, y de cómo en esas interpretaciones se reflejan diversas propuestas para hacer que la realidad sea de esta u otra forma, siga este o aquel curso de acción” (p. 18). Por el contrario, olvidarnos del contexto conlleva desarrollar acciones educativas ‘ajenas a la vida de los educandos’, cuando siempre se educa “(...) un ser histórico que vive en una situación” (p. 18). Es decir, retomar los principios antropológicos y éticos que vertebran la educación, porque, en definitiva, lo que subyace en toda

acción y/o propuesta educativa es la cuestión de qué ser humano y para qué sociedad. Con ese objetivo el profesor Ortega desgrana a lo largo de estas páginas su visión de la pedagogía de la alteridad, que impregna todos y cada uno de los temas que aborda a lo largo de las conversaciones que mantiene con el profesor Romero Sánchez.

Y en este punto entroncamos con el segundo elemento, el género literario y el estilo narrativo que utilizan los autores de este libro. No es usual encontrarnos una conversación entre dos autores en un texto pedagógico. Un estilo narrativo en el que preguntas y respuestas se presentan para enfrentarnos con situaciones, ideas, acciones que nos muevan a “(...) reflexionar y a repensar la tarea de educar y la tarea de vivir” (p. 24). Un diálogo enmarcado sucesivamente en otoño, invierno y primavera, en el que se desgrana la conversación entre dos educadores que profundizan en el modo de vivir humano como tarea siempre inacabada, sometida a una constante contextualización y reinterpretación (p. 27). Precisamente estos dos elementos son los que dotan a este libro de su valor indiscutible.

Ahora bien, puesto que no es sencillo elaborar una reseña crítica de una obra de estas características, me centraré únicamente, en cada estación del año, en uno de los temas tratados por los autores.

En la conversación de otoño he elegido uno de los puntos recurrentes a lo largo de las páginas de este libro. Me refiero a que toda tarea educadora asume necesariamente a un sujeto que vive en un contexto determinado del que no le es posible desprenderse. Pero parece que la escuela, en la que priman los datos cuantificables, los resultados comparables y medibles, le ha dado la espalda a esa realidad. Se ha llegado a una educación, según palabras de Ortega, sin alma, *in-significante*, cuando “no es el aprendizaje de conocimientos o habilidades lo que justifica la tarea del profesor. Es más bien la formación de ciudadanos responsables de sus derechos o deberes, la apropiación de valores éticos que hagan de cada individuo alguien capaz de responder éticamente a los retos de un mundo en permanente cambio” (p. 45).

Es tarea de la educación enseñar a pensar, a criticar, a denunciar, a conocer el contexto en el que vivimos para abordar una vida coherente y responsable de y en la sociedad, en el contexto en el que cada uno vive. Acometer una educación para la ciudadanía en la que se acompañe a cada individuo a “(...) construir su proyecto de vida y su integración activa en su comunidad. Educar para la participación ciudadana se convierte, en las actuales circunstancias, en una tarea prioritaria” (p. 50).

Al revisar la conversación de invierno destaca una de las cuestiones clave para todo académico: la institución universitaria. Ortega señala la transformación profunda que está viviendo la universidad, una situación que resulta necesaria si quiere ser capaz de responder a las necesidades, exigencias y propuestas sociales. Esta

institución no puede vivir de espaldas a la sociedad, a sus problemas, a sus intereses, a la evolución propia de sus ciudadanos en todos los ámbitos de interacción. De ahí que deba acometer nuevas formas de interrelación con la sociedad, y que el profesorado atienda nuevas formas de enseñar, de trabajar en el ámbito académico en el que se mueve. Esa enseñanza no puede limitarse a dar respuesta al mercado, a la formación del saber competencial profesionalizante, sino a la vez formar en el saber en cuanto ciudadano y persona que es: “Pienso que es necesaria una enseñanza universitaria que, junto a la innovación y creación de conocimientos, potencie y desarrolle, a la vez, el saber humanístico, la formación de un ciudadano integrado en su comunidad, capaz de criticarla y transformarla” (p. 119). Hablamos de un lugar de ciencia, a la vez que de desarrollo de la persona en todas sus dimensiones.

En este sucinto repaso llegamos ya a la conversación de primavera, y en ella tropezamos con la afirmación de que “hay que recuperar en educación el discurso antropológico, porque la ética sin antropología es un sinsentido. Antropología y ética es un binomio inseparable” (p. 167). Tras toda propuesta educativa hay, de forma explícita o implícita, una concepción del ser humano en su más amplio sentido. Y, si advertimos esta realidad, estamos señalando la fragilidad, la incertidumbre, la contingencia, la finitud de toda persona. En suma, la vulnerabilidad en la que cada uno se hace, y en la que cada uno se hace responsable del otro.

Estas tres referencias son unas pinceladas de un libro que nos enfrenta a muchas de las cuestiones clave que definen nuestra tarea educadora. En un momento de esta obra Pedro Ortega afirma que únicamente lee aquellos libros que le lleven a reflexionar, a pensar sobre la tarea que ha acometido durante toda su vida. Sin duda, esta obra cumple también el requisito que Ortega reclama a sus lecturas. A lo largo de sus páginas nos invita a reflexionar sobre la educación en general, pero, más importante incluso, sobre la tarea educativa que estamos desarrollando. Sobre su por qué, su para qué...

Marta Ruiz Corbella
UNED

Setiya, K. (2019).

En la mitad de la vida. Una guía filosófica.

Barcelona: Libros del Asteroide, 216 pp.

El autor, profesor de filosofía en el MIT, aborda el mito de la crisis de la edad mediana (*middle life crisis*), en unas páginas que van de la autobiografía a la au-